

Entretelones de una Semana Santa en San Rafael de Ojo de Agua, Alajuela

Matilde E. Crespo

No he querido escribir este artículo desde la perspectiva de lo que uno ve como producto terminado: “Las procesiones de Semana Santa”, porque, me interesan más los entretelones, los preparativos, la gente organizándose.

La idea saltó, mientras conversaba con Silvia González Murillo, conocida como “Pita”; le encanta ayudar a “todo el mundo” y ¡feliz casualidad!, forma parte de varios comités que organizan la Semana Santa en San Rafael. Para estar más cómodos con este relato, me gustaría indicar que San Rafael de Ojo de Agua es uno de los más extensos e importantes distritos del cantón Central, situado a sólo seis kilómetros al sur de la ciudad de Alajuela. Como dato de interés, don Juanito Mora, expresidente de la República y el presbítero Fuentes, fueron de los primeros moradores de este lugar y dueños de fincas de grandes dimensiones. Ahora sí, podemos volver con Pita, a quien conozco desde que ella tenía unos diez años. Actualmente está casada, tiene dos hijos adolescentes, buenos estudiantes. Es de mediana estatura, blanca, ojos muy vivos, bonita cara. Trabaja medio tiempo con mi hermana y vive a cien metros de mi casa.

Sábado 3 abril

“Véngase conmigo a la Iglesia, para que vea cómo va la construcción del Santo Monumento y ahí le presento al nuevo cura, viera qué buena gente es; lo acaban de trasladar a San Rafael. Vive en la Casa Cural con su hermana soltera quien lo atiende”, me dijo Pita.

Nos fuimos a la Casa Cural, a las ¿cuatro de la tarde? No me acuerdo bien. Es una casa vieja, blanca, con un enorme corredor –en forma de “ele”– al frente, exactamente donde está la entrada principal, cuya puerta hoy está cerrada pues es el acceso directo a la parte administrativa. Está rodeada de jardines y conectada, por la parte de atrás, con la Iglesia. Entramos por un portón lateral donde estaba el garaje y algo más: un salón grandecito, lleno de chunches: madera, mesas, andas, flores secas, tarros de pintura, y mucha actividad. Gente que iba y que venía, que traía y que llevaba: herramientas, telas, una plancha, escobas. Un olor característico y muy dulce, me llegó inmediatamente. ¿Melones? ¡Oía a melón! Pita, me llevó hasta el fondo de aquel lugar, donde nos topamos con canastos, cajas, sacos. Había manzanas, melones, papayas.

–“*Están llegando las cosas para el huerto*” me dijo. Toda la comunidad regala frutas, hortalizas, animales: cabras, chanchos, terneros, conejos, gallinas, gallos... En fin, lo que tengan, quieran y puedan, lo regalan. *Un señor de Orotina va a mandar un camión con tres mil sandías, ¿se imagina? Y aquí, en los jardines de la Iglesia, hacemos el huerto* (ella también está en esa comisión). *Vamos a poner unos toldos* y desde *el Jueves Santo, a las siete de la mañana, empezamos a acomodar lo que nos lleven; vendemos todo –a mitad de precio–, y esa plata nos ayuda con los gastos de la Semana Santa.*

Estábamos en esas, cuando Pita me presentó al cura: –*don Joaquín Fernández Sojo*. Nunca lo hubiera adivinado, y menos entre tanta gente, un gordillo como de unos 45 años, al principio pensé: “tiene peluca”, pero no, es que el pelo, entre negro y naranja, se le ondulaba en forma extraña en el copete y se le abultaba, a los lados, tapándole las orejas. De baja estatura, vestía pantalón negro y camisa blanca –muy sencillos–, el estómago caía tapándole la faja. Le sudaban las pecas dentro de su cara blanca. Me sonrió (vi sus dientes completos, pero desiguales),

simpático, de conversación fluida. Se alegró cuando le conté sobre mi trabajo, y empezó a compartir muchísimas cosas. En todo momento, sentí que quería cooperar conmigo, pero tenía prisa; había mucha gente esperando confesión. Me presentó a su hermana Ofelia, quien vive con él; más bien lo atiende (cocina, lava, plancha, limpia). Su trabajo es de domingo a domingo. Tendrá unos 40 años, pero dentro de ese cuerpo, pequeño y también gordo, como el de su hermano, le brota la inocencia de una niña que no creció nunca. Pecososa, pelo negro corto, vestía sencillo y muy tapada; la enagua le cubría las rodillas y un poco más. Amable, sentí que tenía muchos deseos de conversar.

Me contó que como éste era su primer año en San Rafael y, por lo tanto, su primera Semana Santa, le iba a ayudar a doña Aracelly. ¿Quién es esa señora?, le pregunté. —*Pues la señora que baña y viste a los Santitos.* ¿Cómo? Lo que yo acababa de escuchar me dejó impresionada. ¡Eso! ¡Ese tema me eclipsó! Me llevé a Pita a un rincón y le pregunté que si doña Aracelly era soltera. Cuando me respondió que sí, mi interés se hizo muy, pero muy grande. Solo podía pensar en: “*Se quedó para vestir Santos*” ¿profecía?, ¿casualidad? Entre los ruidos de un martillo que no sé de dónde salía y el olor a fruta dulce, busqué al cura y le pedí permiso para trabajar con Aracelly.

—*¡Claro! Véngase el lunes, en la tarde, después de misa de 6. Ella empieza con los Santitos a las siete.* Le di las gracias, me despedí de él y de su hermana Ofelia. Pita y yo salimos muy contentas de la Iglesia...

Lunes 5 de abril (5:30 p.m.)

Pita me llamó por teléfono a mi casa, a las 5 de la tarde y me dijo: “*Maty, doña Aracelly, ya está bañando; llegó a la Iglesia más temprano*”. En cinco minutos nos pusimos en camino. Yo soy católica por herencia más que todo, sin embargo, ver a lo largo de la carretera a la gente arreglando sus casas con palmas, preparando altares, señoras cortando ramas, chiquillas y chiquillos transportándolas en carretillos, otros las sembraban a ambos lados de la calle; unos hombres descargaban cañas de bambú para hacer los arcos bajo los que pasarían todas las procesiones, me sentí, realmente, emocionada. Todos trabajando

La atmósfera dentro de la Iglesia me impactó, sonaban martillos, serruchos y otro tipo de herramienta eléctrica que no supe distinguir.

juntos, complementando tareas para una celebración común... Ya cerca de la iglesia, busqué el sonido de tambores. Treinta hombres, de todas las edades, practicando. ¡Son los soldados!, y trataban de marchar al mismo paso; lo lograron algunas veces... Unos señores limpiaban los jardines de la Iglesia.

La iglesia es muy sencilla, techo de madera pintado de blanco, con algunas lámparas ¿cristal?, pendiendo del centro, de la parte más alta. Arriba del socalo, todas las ventanas con vitrales colombianos muy hermosos, forrados con una malla metálica como protección, ya que un día un chiquillo, por jugar con la bola, quebró uno de ellos.

La atmósfera dentro de la Iglesia me impactó, sonaban martillos, serruchos y otro tipo de herramienta eléctrica que no supe distinguir a esa distancia. Hombres y mujeres de todas las edades, vestían en forma simple: pantalonetas, *t-shirts*, sandalias o tenis, los hombres; pantalones, enaguas o vestidos, las mujeres. Todos en ropas cómodas de trabajo. Estaban construyendo el “Monumento” en una zona de 6 por 6 metros, adelante, al lado izquierdo del altar. El Monumento es una sorpresa para el pueblo, y mientras trabajan, está totalmente cubierto, para que nadie lo vea antes del Jueves Santo, a las 7 de la noche.

Pita me presentó a Martín, quien es el encargado de esta obra y de dar los últimos detalles a todo lo que tiene que ver con la decoración. Más tarde, me invitarían a ver lo hecho y lo que faltaba por hacer en el Monumento.

Al lado derecho del altar, un cura joven, pero lleno de canas, confesaba. ¿Qué raro? Los confesionarios de madera tallada estaban casi al final de la iglesia, no se usan, la moda cambió. La gente se confiesa, ahora, “cara a cara”, sentados en sillas una al frente de la otra, pecador(a) y cura. Me parece más sana esta forma, más valiente, los pecados tienen cara, nombre y apellido y, por cierto, los pecadores llenaban siete bancas de las grandes, esperando turno.

Hace muchos, pero muchos años, existía la moda, principalmente en el campo, de forrarse los dientes en oro. Pensé que ya no existía.

¡Qué cosa!, esta iglesia también está habitada por golondrinas. Cómo que les agrada este tipo de lugares, altos, frescos, en donde pueden resguardarse de los cambios de clima, de la lluvia. Ahí están tranquilas, haciendo acrobacias en el aire y sus gritos se oyen magníficos, ampliados por el eco. Los que limpian la iglesia no están muy a gusto con estos pájaros, porque les ensucian las bancas, el piso y, también, se “jalan muchas tortas” con los fieles.

Al fondo, lo que más me interesa (aunque todo me ha interesado). –Es *ella*. ¿La ve? En el lado opuesto del altar, sobre la entrada principal de la iglesia, en el *mezanine*, donde antiguamente estaba el órgano y también el coro, se movía una figurilla menuda. Aligeramos el paso y la topamos cuando venía bajando las angostas escaleras de caracol. Pita me la presentó: –*Aracelly Castrillo, ¿cómo está?*

Delgada, baja de estatura, más o menos como yo, se agarraba fuerte de la baranda. “*Es que a uno le puede dar algo en la cabeza y se mata*”. Me imaginé que se trataría de un mareo, por el gesto que me hizo con su mano desocupada. Yo me presenté y le dije lo de mi trabajo de Semana Santa; le pregunté si le importaba que la acompañara y que –eventualmente– si ella quería, hasta la podría ayudar. Me aceptó con una abierta sonrisa de labios finos y dientes pequeños (dos de ellos, de oro. Esto me llamó la atención pues hace muchos, pero muchos años, existía la moda, principalmente en el campo, de forrarse los dientes en oro. Pensé que ya eso no existía.

Su pelo ralo, castaño con canas, hasta los hombros. Ojos pequeños, negros, nariz fina y chiquita. Tenía un par de aretitos redondos, plateados como la cadena en su cuello, con un dije de media luna. Llevaba un vestido sin mangas, de talle alto que le separaba el busto de una barriguita alta. Los 63 años que me dijo que tenía, me los confesó en mi segunda visita; ese mismo día, después de misa de 6, cuando Chela, así le dicen todos, continuaría con su trabajo.

–“Es que estoy cansada. Acabo de terminar con el Nazareno, venga para que lo vea”. La misma sensación que tenía de niña, la sentí ahora –temor, impacto, no sé cómo describirla–, mientras me acercaba a aquella figura grandísima, de pelo largo, cubriendo una cara llena de sangre y rasguños. El Nazareno es su preferido, pero como es una sola pieza, es muy complicado vestirlo. “Por eso, yo le pago a hacer la ropa, abierta por el frente”. Me fijé en la bata morada que vestía, con un caballito plateado en el ruedo y un cordón, igualmente plateado, en la cintura.

Llevaba un manto, entre rojo y naranja por encima.

“Viera que estoy muy triste con la peluca que le compré. No ve, no le puedo hacer colochos porque es sintética. Pero idiay, me caminé todo San José y no encontré lo que quería. Esta me costó veintiséis mil colones. Viera que hace cinco años le mandé a hacer un vestido rojo tan lindísimo, que el padre me dijo: “Chela, déjalo cerca de la puerta para que se vea bien bonito”. Yo le obedecí, además estaba tan orgullosa de ver a mi Nazareno tan bien mudado... Me fui a la casa a cambiarme para la procesión y llegaron a tocarme la puerta. Viera usted, cuando me contaron que se había quebrado el Nazareno, yo no hacía más que llorar. Imagínese, una ventolera cerró la puerta y lo botó. ¡Le quebró la cara! ¿Y que hicieron con la procesión? “El padre mandó a llamar a un señor que le hizo un “Magiver”y así pasó la Semana Santa. Después le mandaron a traer otra cara”.

Dice que empezó a ayudar en la Iglesia, cuando tenía 13 años; le ponía flores al Santo Sepulcro y ayudaba a las señoras con lo de la iglesia. ¿Quién le enseñó lo de vestir santos? *Una señora, pero se casó; entonces quedé yo. ¿Y la señora, después de casada, no siguió vistiendo? ¡Qué va!, ya tenía santos propios que vestir. Yo sí, me quedé vistiendo los santos de la iglesia y nunca me casé. ¡ A lo mejor me hubiera ido muy mal!* Se despidió y yo me quedé pensando en cómo bañaría a los Santos.

Mi imaginación a gran velocidad reproducía las imágenes más extrañas. Pensé que habría, en algún lugar –de la Casa Cural– una tina muy grande, donde la doñita, entre jabones y esponjas metería a la Virgen, al Señor del Huerto, a san Pedro, a san Juan...o, también, puede ser que esta señora se suba a una gran escalera y les tire –desde arriba– baldes de agua con jabón.

–*¡Maty!*, era Pita que me llamaba para que fuera a conocer a Martín Rojas y a ver cómo iba el Monumento. Martín es un muchacho alto, delgado, guapísimo, quien con toda paciencia me fue

Había dos electricistas discutiendo sobre las mejores tácticas para lograr los mejores efectos. Los colores eran salmón, cobre y variedad de grises.

explicando los detalles de la obra. Me sentí dentro de un gran escenario –realmente eso era–; en el centro había una barca de pescadores, con sus redes, había muros de piedra (cartones trabajados que daban esa idea), semejando un atracadero. El tema era que para seguir a Dios, había que dejarlo todo. Al otro extremo del Monumento había un pedazo de línea de tren, más bien una curva, donde luego montarían la imagen del Resucitado y el Domingo, por un dispositivo, desde atrás, aparecería la imagen. Todo iría con flores frescas, naturales y una iluminación muy especial. Había dos electricistas discutiendo sobre las mejores tácticas para lograr los mejores efectos. Los colores eran: salmón, cobre y variedad de grises.

Felicité a Martín pues, en verdad, era un hermosísimo trabajo y, entonces, nos pusimos a conversar en una banca mientras terminaban de pintar unos cartones.

Según la tradición, se tienen que visitar 7 Monumentos, y ahora se llaman Altares de Alabanza, donde todos vienen y alaban a Dios y le agradecen.

Me contó que a él, lo que le gustaba era el Arte Religioso y toda su inspiración estaba basada en darle lo mejor al Señor. Me pareció un muchacho de gran fe, y al igual que doña Aracelly, todo lo que hacían era con amor y gran entrega. De hablar pausado, pronunciaba las palabras con mucho cuidado, como cuidadosos eran sus finos ademanes. *Mire, me decía, hacer una Semana Santa es carísimo, aquí hacemos durante el año, toda clase de actividades con el fin de recolectar dinero. Y se puso a hacer historia.*

Las provincias, que mejor celebraban estas fechas, desde la antigüedad, eran Cartago, Heredia, porque por el café tenían dinero, y San José, por ser la capital y en donde vivía gente de plata. Usted puede ir a Cartago, a cualquier pueblito de Heredia y siempre verá mucha fe y amor por la Semana Santa. ¿Qué pasó con San Rafael, si pertenece a Alajuela?, le pregunté. Bueno, es

que tenemos muy cerca a San Antonio que pertenece a Heredia, y además, desde hace unos sesenta años, se vino a San Rafael a vivir una familia herediana quien mantuvo muchas tradiciones y ayudaba muchísimo.

Me habló de las enormes piezas del Vía Crucis que solo la Catedral de San José y de San Rafael tenían; eran carísimas y fueron hechas en Colonia-Alemania. También me habló de todas las imágenes de la iglesia que fueron traídas de España y Francia. Lo volví a felicitar y lo dejé para que siguiera en sus cosas. Yo me fui a descansar un rato, para volver después de la misa de las 6.

Lunes 5 de abril (7:30 p.m.)

En el salón de la Casa Cural, Ramón Miguel y Martín, alineaban las imágenes, que habían bajado del *mezzanine* de la iglesia, mientras Chela, con gran amor, les pasaba un trapito húmedo a las caras y a las manos de los santitos; ese es el famoso “baño de los santos”.

Después, planchaba, en una gran mesa improvisada, todos los mantos, los vestidos, y doblados tenía no sé cuántos “chingos”. *Los chingos se les ponen, a veces hasta dos, para que se vean más rellenitos.*

Lo que vi fue asombroso; los santos son una cabeza y unas manos. Lo demás: una armazón de madera atornillada a un anda. Por la abertura de arriba descansan la cabeza y el cuello; los brazos y piernas son reglas de madera, los codos, pequeñas articulaciones. San Pedro y san Juan tienen las pelucas, al igual que las caras y las manos, talladas en el mismo material. Por otro lado, la Virgen y el Nazareno tienen sobre la cabeza un tornillo para ponerles las pelucas. ¡Qué expresiones más tristes!, dije yo, refiriéndome a las caras de los santos. El cura, quien venía entrando, me oyó y me contó que, hasta hace muy pocos años, la Semana Santa representaba dolor, castigo, muerte y, por eso, para los fieles, la Semana Santa terminaba con la muerte de Cristo. Ese dolor venía reflejado en las imágenes tan antiguas.

Me indicó que en una de las últimas Encíclicas se resalta el verdadero sentido del cristianismo que es la Resurrección, que es promesa, que es alegría, por eso –poco a poco– se han ido

incorporando otras actividades que subrayan este verdadero sentido, pero ha costado mucho, por la costumbre.

Mi atención se fue a otra conversación cuando escuché a Ramón y a Aracelly discutir, en forma educada, sobre cómo debería ir vestida la Virgen el Jueves Santo: *vestido rojo y manto blanco* dijo Ramón; *vestido rosado y manto celeste*, contestó Aracelly. Me quedé pensando y al rato le dije a Aracelly: “¿usted no es la que dice cómo tienen que ir vestidos los santos?”. “*Diay, así son ellos*”, me dijo, pero al final de la noche, me reí para mis adentros, cuando vi a la Virgen vestida al gusto de Aracelly. ¡Bien!

Ofelia, miraba la tele comiéndose una gran manzana y cuando me vio, me dijo:

“Maty, yo también me quedé para vestir Santos”, Ramón nos oyó y desde lejos dijo, “pues yo visto, pero no me voy a quedar para vestir Santos, todavía me falta mucho”. ¿Cuántos años tiene usted, Ramón? “Veintitrés”, me dijo. Usted es muy jovencito y dígame, ¿cuántos muchachos de su edad, vestirían santos? “Ninguno. Les tienen miedo, y a ellos no hay que temerles. Mi preferido es san Juan, yo soy devoto de él. Apenas empecé a trabajar, con mis primeros sueldos, le compré ropa. Me gusta que vaya bonito. Mire, le voy a poner el vestido color oro, con el manto verde”.

Vi que detrás de las cabezas los santos tenían 2 tomillos y me contestaron que ahí iban las “aureolas”, pero que las estaban dorando, porque estaban muy feillas. Otro detalle importante es que una vez vestidos, hay que amarrarles los brazos con cuerdas de pescar, porque si quedan sueltos, les bailan para todo lado. Como a las 11 de la noche, Martín pasó revisando detalles y a la Virgen le quitó la peluca; yo me alegré, pues era como de pelo planchado. En su lugar le puso unos velos muy bonitos y le cambió totalmente el aspecto. Los santos estaban listos para la procesión del Miércoles Santo; saldrían de la Iglesia a las 9 de la noche, después de la ceremonia que iniciaba a las 7:00 p.m.

Miércoles 7 abril

Me di una vuelta por la Iglesia como a las 2:00 p.m., pero encontré todas las puertas cerradas, aun las de la Casa Cural! Ya me iba pero, de pronto, un gran camión, repleto de sandías, se acercaba a los jardines de la Iglesia. No sé en qué momento, ni por dónde, salieron corriendo montones de chiquillos. Tras ellos, con

pasos más tranquilos, señores maduritos y muchachos se acercaron al camión; Ofelia abrió los portones y ¡a descargar 3.000 frutos redondos! Mientras tanto, Ofelia me llevó a la Iglesia donde estaba todo tranquilo. Una señora limpiaba, y un muchacho revisaba cables, micrófonos, etc. Había una gran paz; los trabajos ya estaban terminados. Los santos atrás: listos, esperando.

—Adiós, Ofelia, mañana jueves es lo del Huerto, ¿verdad? Me dijo que sí y que empezaban a recibir a las 7:00 a. m. Me volví a acordar de la descarga de sandías y salí. Serían las 3 de la tarde y la temperatura estaba a 33 grados (después corroboramos ese dato). El corredor en forma de “ele” se llenó del fruto y por los rincones, los jardines, en la acera, en la calle, las sandías que venían rajadas o maltratadas, fueron degustadas, devoradas por todos los que ahí estaban y aun llegaron más. La fruta era de un rojo intenso en su interior; el olor dulzón invadió el aire; el caldo rojizo resbalaba por las comisuras de los labios, por las barbillas, por las manos, por los brazos, por las camisas, ¡por todos lados! ¡Se me hizo la boca agua!

Una vez satisfechos, vi pasar por los aires pedazos de sandía y cáscaras. Se había desatado una loca guerra entre los chiquillos que, riendo, corrían por la plaza y por los jardines de la Iglesia.

A las 7 de la noche llegué a la casa de los González Murillo, los papás de Pita; estaban abriendo espacio en la sala, sacando mesas, adornos, acomodando sillones, sillas y, en una esquina, con la ayuda de Martín, preparaban un altar, con cortinas rojas y doradas. Ahí descansarían la noche del Jueves Santo las imágenes del Nazareno y san Pedro. Doña Marta, la dueña de la casa, preparaba empanadas de chiverre, pan casero y buscaba por el vecindario quién le prestara más de un percolador, ya que la noche de la actividad (Jueves Santo) tendría que alimentar a la gente de la procesión que se quedaría a la Vigilia.

Jueves 8 de abril (7:30 a. m.)

No lo podía creer. Me habían contado sobre el Huerto, pero nunca me imaginé que la gente cooperara tanto. Bueno, tal vez sí, después de ver el camión con las 3.000 sandías. Había sacos de arroz, maíz, frijoles, verduras de toda clase, los animalitos que había descrito en páginas anteriores, pero se me quedaron por fuera, perros y patos. Los toldos que tenían preparados

no fueron suficientes y los productos estaban colocados en gran parte del jardín.

A las 5 de la tarde, casi no quedaba nada. Solo sandías, que terminarían por venderse después de las procesiones, cuando el sol y el calor empezaran a hacer estragos. Pasé por la casa de Pita y el jardín de la entrada estaba iluminado por miles de velitas sentadas en arena y protegidas del aire, en el interior de bolsas de papel. Se veía lindísimo. Afuera, seis teas encendidas indicaban, desde lejos, que en esa casa iba a suceder algo. A las 9:30 p.m., unos tambores... *¡Ya vienen!*, la gente que esperaba salió a la calle. Primero llegaron los 30 soldados con capas, escudos, cascos; en un camioncito pequeño lleno de palmas, venía el Ángel de la Confortación; el Nazareno –imponente– (acompañado por doña Aracelly), luego los apóstoles y, de último, la imagen de san Pedro. Colocaron a los Santos en el altar de la sala y todos salieron al corredor, donde estaba listo el café y la comida preparada por doña Marta.

Fueron pocos los que pasaron la noche rezando, acompañando a los Santos y a la familia González. Aracelly se rezó el primer Rosario, pero se fue inmediatamente: *“Tengo que preparar los trajes, para la procesión de mañana”*. Los soldados, cada dos minutos eran relevados por otros, para hacer guardia frente al Nazareno. Se paraban firmes con las lanzas cruzadas...

Viernes Santo (9 abril)

Frente a la casa de Pita, se empezó a congregarse la gente. Eran las 9:30 a.m., y el sol picaba de verdad. Llegaron los músicos de la Cimarrona quienes se adueñaron de la sombra del almendro, de la casa del frente. A lo lejos, se venían acercando los soldados, los Apóstoles y los demás... La procesión empezaba; con la música -tristísima- de la Cimarrona sacaron al Nazareno y a san Pedro. La gente vestía su ropita de “domingo”, pero muchos otros venían como Nazarenos, con túnicas moradas y cruces -de madera- pequeñas. Me decían que se vestían así porque tenían promesas que cumplir...

Paso a paso se alejaba la procesión, bajo aquel ardoroso sol de Viernes Santo en San Rafael...

Publicación semestral con información de
primera mano sobre el acontecer artístico

ESCENA



Vicerrectoría de Acción Social
Sección de Extensión Cultural
Tel: (506) 207-4271 / Fax: (506) 225-6950
correo electrónico: ec@cariari.ucr.ac.cr